

# Una persona ejemplar y un libro aleccionador

Por Marcos Chamudis

■ Se ha dicho que nunca se termina por conocer a la gente. A mi edad, ya algo avanzada, no puedo sino repetir lo mismo. De algunos, que era de esperar cosas gratas, me han sorprendido hasta las ingratitudes. De otros, que son los muy menos —es fatal, siempre, que de lo bueno, poco— no puedo sino decir lo contrario.

De los primeros, evitaré juzgar su comportamiento. Preferiría que el tiempo, y no las opiniones personales —que por personales podrían ser prejuiciosas—

Después se incorporó a la revista. Esta le debe a él algunas de sus hazañas. Gracias a sus prolifas investigaciones fue la primera publicación que denunció los planes de las juventudes comunistas para apoderarse de todas las Universidades. Empezó por caer en sus manos —Fuentes anunció que así sucedería— la Católica de Santiago, donde los invasores tenían bien calculado que las puertas les serían abiertas por la juventud democristiana, dirigida entonces en ese plantel por un pájaro político de cuentas: el tristemente célebre "pájaro Solar".

Muchos de los trabajos hechos por Fuentes para PEC, en que denunciaba las actividades comunistas, no llevaron su firma. Rechazaba mis demandas de que la pusiera. Quería antes —allegaba— ser aceptado como miembro del Colegio de Periodistas. No se puede desconocer que eran plenamente justificados sus temores sobre la mayoría de mocrístiana-comunista, allí formada para dirigirlo. Esta no le habría permitido fácilmente su enrolamiento profesional. PEC y el anticomunismo eran para el Colegio de la orden malas palabras. Yo habría preferido provocar un enfrentamiento con los comunistas que, asociados con los democristianos, lo manejaban a su amano. Había que llevar el asunto ante la opinión pública, y en caso extremo, ante los tribunales de justicia.

¿Serían divergencias de este tipo, o choques de las durezas mías y las susceptibilidades suyas, lo que llevó un día a Fuentes a separarse de PEC? No recuerdo exactamente la causa. Pero siguió siendo el mismo, en su propio camino. Lo más importante es que el paso por PEC hizo de Fuentes —como el mismo lo reconoce— un anticomunista. Uno de los mejores y más consecuentes.

Nadie podría encontrar su nombre, como de otros del gremio periodístico, en los manifiestos y declaraciones eaza-bobos que fabricaban los camaradas. No fue tampoco de los que los ayudaban a

lanzar acusaciones de ser "macartistas" y "agentes de la CIA" a aquellos pocos, pero muy pocos —de contarlos con los dedos de una mano— que se atrevían a enfrentarlos. Mucho menos a convivir fraternalmente con los "uoientos", ya que "en esa época había camaradería entre los periodistas", según el nostálgico pero extraño decir de alguien que, por su alta posición actual debe encarar la obligación de tratarlos como enemigos.

La lucha de Fuentes contra el gobierno de la UP fue más valiosa que la de otros de su gremio, porque, sin restarle sus propios méritos a nadie, la suya no fue para pagar ninguna deuda de ingenuidades, frivolidades, complicidades e irresponsabilidades en que venía cayendo desde hacía muchos años la mayoría del país. Y por las cuales los comunistas lograron triunfar en 1970.

Durante la resistencia anti-Allendista, Fuentes, para no hacer de francotirador, unió su suerte a la de un grupo de jóvenes acusados, más que otras agrupaciones de ser fascistas. En verdad, sus miembros no tenían una ideología común. Al calor de su combate andaban también en la búsqueda de alguna que justificara una acción de mayor alcance que la meramente anticomunista.

La lucha de Fuentes fue riesgosa y sacrificada.

Me causó una impresión imborrable la narración de algunos de sus episodios, cuando de regreso de su exilio —un auténtico exilio, con asilo en la embajada de Ecuador, salvoconducto para salir del país y otras yerbas— me visitó en mi rincón de Buenos Aires.

Charlamos sobre el futuro de la patria, en vez de destapar champañas por el pronunciamiento militar. Para celebrarlo, no necesitábamos excitarlos con los disparos de sus corchos: los únicos que hicieron algunos "combatientes" de la retaguardia.

logre clarificar sus capacidades, realizaciones y condiciones humanas.

En cambio, de los segundos, me place reconocer que he redescubierto a uno del cual ya había encontrado promisorias cualidades cuando en 1966, junto a Ernesto Montenegro, recibió el Premio PEC de Periodismo, establecido ese año. En su caso, por haber mostrado ser el mejor reportero joven de entonces: Manuel Fuentes Wendling.

Después, acá, nadie le ha cedido a Fuentes hablar de que él fue uno de "los que nos quedamos en Chile los tres años de Allende", así como a la caída del primer Gobierno de Ibáñez, algunos institucionalizaron el grupo de "los perseguidos por la dictadura".

Tampoco ha buscado amparo, para seguir adelante en su brega, bajo poder alguno, de esos que se han formado con diversos apellidos. El no necesita de otro poder fuera de su propia y fuerte individualidad. Gracias a ella, le ha dado vida a un libro que lo venía concibiendo desde hacía algunos años, y del cual me habló en nuestro encuentro bonarense.

Ahora, con el importante auspicio de un prólogo de Sergio Fernández Larraín, se encuentra en las librerías. Su título: "Esto es el comunismo". Lo ha editado y lo distribuye su propio autor. Una hazaña digna de Fuentes. Como también lo ha sido que para ella haya encontrado un Mecenaz. Suponemos que así es, porque después de la portada, expresa en un recuadro "su más profundo agradecimiento a su amigo Jorge Fuenzalida Cibié sin cuyo respaldo y desinteresada ayuda este libro no sería una realidad".

Algo sabemos por Fuentes sobre el señor Fuenzalida. Vale la pena que nos detengamos un poco para hablar de él. El tema se lo merece. Al hacerlo, debo recordar antes lo que una vez dije en un artículo sobre los "tuvos" y los "dimos".

Con el calificativo de "tuvo" muchos trataban de ridiculizar a aquellos sumidos en un continuo lamento por lo que tuvieron antes de Allende y perdieron, despojados, bajo su gobierno. A la burla, se agregaba el escarnio, porque habían partido hacia otras tierras, perdiendo también así, posteriormente, el derecho a ser de aquellos que "nos quedamos aquí los tres años de la Unidad Popular".

Yo salí en defensa de los "tuvos", y creo que con buenas razones.

Era de respetar en ellos el valor para iniciar bajo otros cielos una nueva vida, de comprender su agobiante pesimismo en el futuro de Chile y de alabar su ninguna esperanza en Allende, y mucho más aún, su ningún propósito de colaborar con él.

Pero condené, en cambio, a los que denominé los "dimos". Eran para mí aquellos que una vez en el extranjero, se olvidaron de Chile. Y en el país en que se radicaron, es decir, donde tenían su dinero, hicieron su nueva patria. Tan es así que cuando alguien con debida representatividad se acercaba desde estos lados a solicitarles una contribución

a sus defensores en el abandono, sin alimentos ni pertrechos para sostenerse y seguir combatiendo.

El libro de Fuentes nos enseña ésta y muchas cosas más. Alguien dijo por allí, en una entrevista, que por ahora "el Partido Comunista estaba dormido". Por la importancia de quien hizo tal declaración, es de esperar que ésta haya sido mal formulada y peor interpretada. Si el dormido es el centinela puede despertarse en cualquier momento con un sorpresivo sacudón comunista.

Como el de Portugal, por ejemplo. Con razón dice Fuentes en su libro:

"Jamás se debe menospreciar al comunismo, así se encuentre en la peor de las condiciones. Por el contrario, hay que cuidarse siempre de él, porque se aprovechará de cualquier descuido para ganar terreno. No se debe olvidar nunca que el comunismo trabaja con una estrategia a largo tiempo. Y que allí donde se le da por fracasado y liquidado surgirá tarde o temprano por los errores que cometen los no comunistas".

Para demostrar su afirmación, Fuentes ha hecho un trabajo de hormiga, en la búsqueda de cuanto libro, publicación, documento y antecedente podía ayudarlo.

Su obra es la de un verdadero pedagogo.

Ella debería ser hoy un libro de cabecera para todos los que en una u otra forma, en una u otra actividad o esfera, influyen en la marcha del país.

No se trata de que con los comunistas pierdan el sueño, pero que cuando duerman, tengan para ellos un ojo siempre abierto.

El señor Jorge Fuenzalida Cibié, por quien hemos prolongado nuestro artículo con estos comentarios, habría tenido pruebas de más para merecer esas facilidades. Fue de los "tuvos", pero no de los "dimos".

Después de la catástrofe electoral del 70 se instaló en Ecuador, donde supo abrirse camino. Cuando a raíz del "tanquetazo" un grupo de chilenos se refugió en ese país, él les ofreció su generosa hospitalidad. Especialmente a Fuentes, en quien debe haber encontrado un alma gemela. Ahora ha hecho a favor de Fuentes lo que algunas Fundaciones norteamericanas están haciendo a favor de la inteligencia comunista y de sus amigotes, con espíritu masoquista y suicida. Si no hubiera sido por la "beca" del señor Fuenzalida, Fuentes no habría podido hacer el paciente trabajo de investigación que le demandó su libro, y mucho menos escribirlo y publicarlo. Hoy, como ayer, para vivir hay que "rebuscárselas" en cualquier cosa, menos en luchar ideológicamente contra los comunistas. Los que lo hacen y lo han hecho, lo saben y lo aprenderán también los que intenten hacerlo mañana: para su labor, nadie, no ser que por allí aparezca un ser excepcional como el señor Fuenzalida, dará un peso de su propio peculio. "Venderse" a "la derecha" o al "imperialismo" ha sido y es el peor de los negocios.

Los comunistas que han huido al extranjero — y que siempre tuvieron a flor de labios la palabra "vendido" para atacar a sus enemigos— pueden en cambio jactarse de lo bien que a ellos les ha ido. Si su causa ha sido mala, la han librado de todas maneras al lado en que se conoce, por razones de orden práctico, eso que se llama solidaridad. En ninguna parte les ha faltado una mano tendida para ayudarlos. No se puede decir lo mismo de la causa del anti-comunismo. Esta es la mejor, pero se lucha por ella al lado malo: el de aquellos que dejan



■ EL PRESIDENTE de la República, general A. Pinochet, saluda a Manuel Fuentes, luego de recibir su libro.